

Homenaje al Poeticismo

HANS GIÉBE

“También soy un viandante
que luce a medio cráneo un tragaluz
para espiar las estrellas”.

**Enrique González Rojo Arthur,
Salir del laberinto, 2016.**

En alguna de nuestras reuniones, el máximo poeta entre los comensales, Enrique González Rojo Arthur, nos contó el momento cuando le había llevado el borrador del Poeticismo, con cerca de seiscientas páginas, ante la enorme figura y señor de la prosa, Alfonso Reyes. Aquel quien fuera elogiado por Borges cuando afirmó que “no hay mejor prosa castellana en nuestro tiempo que la de Alfonso Reyes”. El autor de la *Visión de Anáhuac* puso el denso manuscrito entre sus manos y le dijo: “Enriquito, sabes que no lo voy a leer, pero lo pongo en mi corazón.” Sosteniendo el mamotreto lo llevó a su pecho y con esas palabras dulces que sólo los poetas confeccionan con naturalidad dio una sensible respuesta al nieto de Enrique González Martínez, candidato al premio nobel de literatura en 1949, año en que el jurado diera el fallo a favor de William Faulkner.

El pasado 30 de marzo tuve el privilegio de haber sido invitado personalmente por el maestro Enrique y haber podido acompañarlo a la entrega del diploma Honoris Causa que la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) le otorgó al poeta, al filósofo y al catedrático fundador Enrique González Rojo Arthur (CDMX, 1928). Pude felicitarle a él y a su inseparable compañera Alicia. Además, me traje a Pachuca su más reciente libro, la imponente obra de más de 260 páginas en puro verso titulada: “Salir del laberinto”/“Empédocles”. Más allá del discurso brindado por el primer *poeticista* y fuente del *Poeticismo*, yo quería ver al creador de esos versos finamente confeccionados con filosofía y metáforas melódicas. El Poeticismo fue fundado por Enrique González Rojo (1923), Eduardo Lizalde (1929), Marco Antonio Montes de Oca (1932) y Arturo González Cosío. Los tres, grandes escritores de nuestro México contemporáneo. Sólo mencionarlos es ya motivo de sacrílego para quien desconoce de la máxima hechura en la poesía y sus aportaciones en la tradición literaria mexicana del siglo XX.

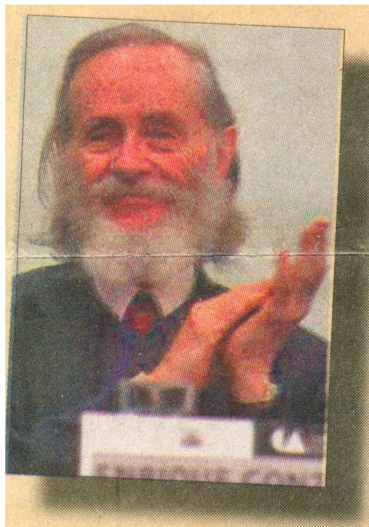
Del “poeticismo”, yo apenas sabía la mínima cosa antes de conocer a su creador, Enrique. Supe que fue (y seguirá siendo hasta que deje de haber poeticistas sobre la faz de la tierra) un movimiento de ruptura que empezó en 1948 por inventiva e impulso de Enrique González Rojo Arthur; se llegó a firmar el *Manifiesto poeticista* entre Eduardo Lizalde (actual director de la Biblioteca José Vasconcelos), y posteriormente, hacia 1951, Marco Antonio Montes de Oca, quien tomaría partido en esta propuesta, él y escritores como Arturo González Cosío y David Orozco Romo dieron formalidad a ese movimiento literario.

Pero, ¿qué significa el Poeticismo? En un diálogo en el que participaron González Rojo y González Cosío, en junio de 2013, sostenían que los poeticistas “somos una reacción contra la vanguardia y contra el surrealismo, porque si éste ponía el acento en la contradicción, lo onírico, nosotros hablábamos de una irrealidad atemperada. Nos encantaba el desorden, pero queríamos buscar un nuevo realismo y, por tanto, una nueva simbolización. Y aunque de todos nosotros ya ninguno se llama o considera poeticista, siento que todos llevamos una impronta, cierta huella del *poeticismo*.”

Hay que hacer la reseña obligada de que uno de los poetas más trascendentales de nuestro país dejó honda huella en el movimiento Poeticista, el autonostrado Dylan Thomas mexicano: Marco Antonio Montes de Oca. También, que Eduardo Lizalde hacia 1980 escribió Autobiografía de un fracaso, donde arremetía con toda su furia contra los amigos y contra el movimiento Poeticista del que fue parte -en palabras de Lizalde- dijo que “la corriente poeticista había sido una desviación que no aportaba nada al desarrollo poético de los integrantes de la corriente”.

Posteriormente en Reflexiones sobre la poesía, González Rojo dijo que “en el poeticismo había un intento racionalizador y algo extraordinario: un deseo de libertad extremo, pero libertad articulada por la razón, la libertad extremada”. Y continúa: “Entrevimos la lógica de la poesía, la vislumbramos y no volvimos a trabajar sobre ello”. El *Poeticismo* duró poco más de cuatro años aplicándose como novedosa teoría de la creación literaria. Sin embargo, yo creo que todo manifiesto literario subsiste como una sombra ante su creador, en el caso del Poeticismo, de Enrique González Rojo Arthur.

Esto lo estoy corroborando al leer ávidamente su más reciente libro de poesía; “Salir del laberinto”/ “Empédocles”, editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, (Marzo, 2016). Los versos de González Rojo son delirantes, sumamente inteligentes, retan al lector a redescubrir la gloria de lo griego. La poesía mostrada por el maestro Enrique goza en la actualidad de un esplendor pocas veces suscitado en escritores de vasta trayectoria. La mayoría parece apagarse, pero Enrique se edifica cada vez más sólido, con más fuego, cada vez con mejor dominio de los espacios y del efecto demoledor del verso, de su inventiva que no ha dejado de fluir por casi setenta años. Enrique se eleva mientras los demás declinan. Se lo dije alguna vez a varios amigos poetas, y lo vuelvo a repetir: Enrique es un gigante entre pigmeos.



Periódico “El sol de Hidalgo”,

Sección Cultura

Miércoles 6 de abril de 2016.

